**LA COMUNIDAD: MODELO DE IGLESIA Y PLENITUD DE ALEGRÍA.**

La primera pregunta que nos tenemos que hacer como religiosos es ¿cuál es mi carisma, es decir, cuál es mi fisionomía, mi identidad, mi naturaleza, mi finalidad..., estas son preguntas que no podemos pasar por alto en ningún momento. Será necesario para responder a esta pregunta retornar a las fuentes, es decir, re-andar al alma del fundador, para comprender las instancias humanas, sociales, eclesiales, espirituales que le han empujado a poner las bases de la nueva familia agustiniana. Esto a la vez significa preguntarnos a qué punto estoy yo, conozco el alma de mi fundador..., porque volver a las fuentes significa ver desde qué punto de vista ha querido observar su comunidad el mismo Agustín.

\* La característica de Agustín

Podemos muy bien decir que la característica fundamental de Agustín nace de dos experiencias de su vida: una, la experiencia personal de su búsqueda de Dios, y, la otra, la experiencia de la vida social y eclesial de su tiempo. En la experiencia personal ha habido un profundo trabajo interior; la experiencia social y eclesial, Agustín la ha analizado a la luz de la lucha entre los dos amores que han constituido dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la ciudad terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la ciudad celeste (cfr. La ciudad de Dios 14, 28).

Para Agustín, en el contexto de esta experiencia, la instancia prioritaria es su ansia de unidad: unidad de sí mismo y unidad de la Iglesia, es decir, recomposición de su mismo ser desarticulado e inquieto en la unidad de sí mismo con Dios. Por esta unidad Agustín reza, por esta unidad medita, con esta unidad sueña (cfr. La Trinidad 4, 7, 11). Su comunidad debe ser el boceto y el modelo de esta unidad personal, social y eclesial. Hacia esta unidad hay que correr como el ciervo, este es el gran anhelo: "Ea, hermanos, percibid mi anhelo, haced causa común conmigo en este anhelo; amamos juntos, juntos nos inflamamos en esta sed, corramos juntos a la fuente de este entendimiento. Deseemos la fuente como el ciervo, pero no la fuente que anhelan los que han de ser bautizados por la remisión de los pecados. Los ya bautizados deseemos aquella fuente de la cual dice otro salmo: En ti está la fuente de vida. Esta fuente es luz, porque en tu luz veremos la Luz. Luego, si es fuente y es luz, con razón es también entendimiento, porque sacia el alma ávida del saber... Luego, hermanos, existe cierta luz interna, de la cual carecen los que no entienden... Corre a la fuente, desea la fuente de agua. En Dios está la fuente de vida, fuente perenne; en su luz encontraréis la luz que no se oscurece. Desea esta luz, esta fuente, esta luz que no conocen tus ojos. El ojo interior se apresta para ver esta luz, la sed interior se inflama para beber de esta fuente. Corre a la fuente, desea la fuente. Pero no corras de cualquier modo, como cualquier animal; corre como el ciervo. ¿Qué significa corre como el ciervo? Que no sea lento el correr; corre veloz, desea pronto la fuente" (Comentario al salmo 41, 2).

Por tanto, Agustín nos invita a recorrer su mismo camino que va desde la dispersión al recogimiento y avanza hasta llegar a la fuente misma de la vida donde se superan todas las tinieblas y se vive una auténtica revolución interior: "¡Oh Verdad, lumbre de mi corazón, no me hablen mis tinieblas! Me incliné a éstas y me quedé a oscuras; pero desde ellas, sí, desde ellas te amé con pasión. Erré y me acordé de ti. Oí tu voz detrás de mí, que volviese; pero apenas la oí por el tumulto de los sin-paz. Mas he aquí que ahora, abrasado y anhelante, vuelvo a la fuente. Nadie me lo prohíba: que beba de ella y viva de ella. No sea yo mi vida; mal viví de mí; muerte fui para mí. En ti comienzo a vivir: háblame tú, sermonéame tú. He dado fe a tus libros, pero sus palabras son arcanos profundos" (Confesiones 12, 10, 10).

Agustín sabe de caminos complicados, pero en un momento se ha dado cuenta que sólo en Dios está el verdadero descanso y hacia Él, con un profundo anhelo de llegar, corre como un ciervo herido, pero Agustín se da cuenta que esto no se puede hacerlo independientemente, sino que, en muchos momentos, como les ocurre a los ciervos cuando quieren pasar los ríos, es necesario apoyar la cabeza en otro hermano, es necesario la ayuda y el caminar juntos: "Se cuenta de los ciervos, y lo vieron algunos, , pues no se narraría tal cosa de ellos a no ser comprobado, que, cuando caminan en rebaño o cuando nadando se dirigen a otras tierras, colocan sus cabezas unos sobre otros, de tal modo que uno guía; y detrás de éste sigue otro, que coloca su cabeza sobre él; a continuación, en fila, siguen otros, poniendo sus cabezas sobre el anterior, hasta el último con el que termina la recua. Cuando el primero que llevaba el peso de la cabeza del siguiente se ha cansado, se dirige a la cola para que le suceda el segundo como primero, y así éste descanse de su fatiga recostando la cabeza en el último. Llevando de este modo alternativamente la carga, ejecutan el recorrido y sin abandonarse unos a otros" (Comentario al salmo 41, 4).

Correr, por tanto, hacia la fuente, hacia la paz y el descanso, hacia la unidad del ser en Dios, pero correr como el ciervo, con una cierta celeridad y unidos en la carrera, participando a los demás de los anhelos y de las fatigas, en comunión de deseos, arrastrando a los que amamos a nuestro mismo amor: "Tu Don nos enciende y por él somos llevados hacia arriba: enardecémonos y caminamos; subimos las ascensiones dispuestas en nuestro corazón y cantamos el cántico de los grados. Con tu fuego, sí; con tu fuego santo nos enardecemos y caminamos, porque caminamos para arriba, hacia la paz de Jerusalén... Allí nos colocará la buena voluntad, para que no queramos más que permanecer eternamente allí" (Confesiones 13, 9, 10).

\* La comunidad templo de Dios.

Dios habita en la tierra en la Iglesia, como la tienda que se tiene en el tiempo de peregrinación: "Aquel que tiene la excelentísima casa en lo escondido, tiene también en la tierra el tabernáculo. Su tienda o tabernáculo en la tierra es su Iglesia, todavía peregrina. Pero aquí ha de buscarse, porque en el tabernáculo se encuentra el camino que conduce a la casa. Cuando vaciaba sobre mí mi alma para lograr ver a mi Dios, ¿por qué hice esto? Porque he de entrar en el lugar del tabernáculo. Pues fuera del lugar del tabernáculo erraré buscando a mi Dios. Entraré en el lugar del admirable tabernáculo hasta la casa de Dios. Entraré en el lugar del tabernáculo, del admirable tabernáculo, hasta la casa de Dios. Pues yo admiro muchas cosas en el tabernáculo. He aquí cuántas cosas contemplo en él. El tabernáculo de Dios en la tierra son los hombres fieles. En ellos admiro la obediencia de sus miembros, porque no reina en ellos el pecado obedeciendo a sus deseos; ni prestan sus miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino que se ofrecen a Dios vivo en las buenas obras; también observo que los miembros están bajo el dominio del alma para servir a Dios; asimismo contemplo al alma que obedece a Dios ordenando las obras de sus actos, refrenando la concupiscencia, deponiendo la ignorancia y ofreciéndose a soportar todas las tribulaciones y molestias, consagrándose ante todo a la justicia y a la caridad. Contemplo estas virtudes en el alma, pero aún me encuentro peregrino en el lugar del tabernáculo" (Comentario al salmo 41, 9). Probablemente todo lo que se dice en este texto sobre la Iglesia puede perfectamente ser aplicado a la comunidad religiosa.

Caminando en la tienda de la Iglesia, que se distingue por la paz de la concordia y por la caridad común (cfr. Comentario al salmo 103, s.2, 11). La comunidad agustiniana es ser ciervos que corren buscando juntos, en la tienda de su interioridad y de su ser-Iglesia, la fuente de agua fresca, es decir a Dios. La comunidad es el templo donde habita Dios, por tanto, "adorad al Señor en vuestro corazón dilatado y santificado: porque vosotros sois su santa morada" (Comentario al salmo 28, 2). Vosotros sois su casa, su verdadera habitación, su santuario: "He aquí por qué Dios, que doquier está presente e íntegro, no habita en todos, sino tan solo en aquellos a quienes hace su templo beatífico o sus templos beatificados, sacándolos de la potestad de las tinieblas y transportándolos al reino del Hijo de su amor, lo que comienza con la regeneración. En un sentido se habla del templo de Dios, cuando la mano de los hombres lo levanta con materiales inanimados, como el tabernáculo fue erigido con maderos, velos, pieles y demás utensilios, o como el rey Salomón levantó el templo con piedras, vigas y metales. En otro sentido diferente se habla de la realidad misma que estaba representada en tales símbolos. Por eso se dice: Y vosotros, como piedras vivas, formáis una casa espiritual. Por eso está escrito también: Somos los templos del Dios vivo, como Dios dice: Porque habitaré entre ellos y me pasearé; y seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (Epístola 187, 35). Dios habita en todos y en cada uno: "Dios habita en los individuos como en sus templos y en todos reunidos en uno como en su templo" (Epístola 187, 38; cfr. La ciudad de Dios 10, 3, 2).

Nosotros somos el templo de Dios, estamos cimentados en el Señor y edificados por su mano, con el aglutinante de la caridad que Dios mismo ha depositado en nuestros corazones; pero siendo su templo, sólo ahí podemos orar a Dios para ser escuchados: "Todos los que creen así son como piedras vivas, con las cuales se edifica el templo de Dios, y como madera incorruptible, con la cual fue fabricada el arca, que no puede sumergirse en el diluvio. Este, pues, es el templo, es decir, los mismos hombres son el templo en donde se suplica a Dios y oye. Todo el que ora a Dios fuera de su templo, no es oído por lo que se refiere a la paz de la eterna Jerusalén, aunque lo sea en cuanto a determinados bienes materiales, que Dios concedió también a los paganos, pues también fueron oídos los mismos demonios para entrar en los puercos. El ser oídos en cuanto a la vida eterna es cosa distinta, y sólo se concede a aquel que ora en el templo de Dios. Ora en el templo de Dios el que ora en la paz de la Iglesia, en la unidad del Cuerpo de Cristo, puesto que el Cuerpo de Cristo consta de innumerables fieles dispersos por todo el orbe terráqueo" (Comentario al salmo 130, 1).

Las consecuencias de ser templo de Dios, son enormes, en primer lugar "si nosotros somos el templo de Dios, el altar de Dios es nuestra alma" (Comentario al salmo 94, 6). Tratando de resumir en un texto lo que estamos diciendo, elegimos lo que Agustín nos dice en La Ciudad de Dios: "Somos, en efecto, todos a la vez y cada uno en particular, templos suyos, ya que se digna morar en la concordia de todos y en cada uno en particular; sin ser mayor en todos que en cada uno, puesto que ni se distiende por la masa ni disminuye por la participación. Cuando nuestro corazón se levanta a él, se hace su altar: le aplacamos con el sacerdocio de su primogénito; le ofrecemos víctimas cruentas cuando por su verdad luchamos hasta la sangre; le ofrecemos suavísimo incienso cuando en su presencia estamos abrasados en religioso y santo amor; le ofrecemos y devolvemos sus dones en nosotros y a nosotros mismos en ellos; en las fiestas solemnes y determinados días le dedicamos y consagramos la memoria de sus beneficios a fin de que con el paso del tiempo no se nos vaya introduciendo solapadamente el olvido; con el fuego ardiente de la caridad le sacrificamos la hostia de humildad y alabanza en el ara de nuestro cuerpo" (La ciudad de Dios 10, 3, 2).

Agustín está convencido que lo mejor que puede hacer es dejar que Dios sea su dueño, y esto no sólo cuando está lleno de entusiasmo por ser el comienzo de su vida cristiana después de convertido, sino que también en sus discursos a los fieles está en la misma actitud y viviendo los mismos anhelos: "Él no quiere otra cosa que darse a sí mismo. Si encuentras algo mejor, pídelo. Pero si pides otra cosa, le injurias y te perjudicas a ti mismo al anteponer a Él lo que hizo El, puesto que desea dársete a sí mismo el que lo hizo. Llevada de este amor, le dijo cierta alma: ¿No eres tú, Señor, mi parte? Es decir, tú eres mi heredad. Elijan los que quieran lo que han de poseer, echen suertes sobre las cosas; tú eres mi suerte, a ti te elegí. El Señor es la porción de mi herencia. Te posea para que le poseas; serás su posesión, serás su casa. El posee y es poseído para aprovechar. ¿Acaso le beneficias tú en algo?" (Comentario al salmo 34, s.1, 12). Es Dios mismo el que nos hace ricos con su riqueza, sin El no somas nada y es que la única manera de crecer es poseyendo a Dios: "¿Para qué os recomiendo a Dios? Para que le améis por vuestro bien, no por el bien suyo; porque, si no le amáis, para vuestro mal no le amáis, no para mal suyo. Dios no disminuirá en su divinidad porque el hombre no le ame. Tú creces por Dios; El no crece por ti" (Comentario al salmo 149, 4).

Agustín recomienda a sus fieles: "Purificad vuestro corazón para que Él le ilumine y entre aquel a quien invocáis. Sé tú su casa, y El será la tuya; habite en ti, y tú habitarás en El" (Comentario al salmo 30, 2, s.3, 8). Lo cierto es que, según Agustín, lo mejor que podemos pedir a Dios es que nos posea: "El Cuerpo de Cristo es templo, casa y ciudad y el que es Cabeza del Cuerpo es morador de la casa, santificador del templo y rey de la ciudad. Como la Iglesia es todas aquellas cosas, así también Cristo es todas éstas. Luego, ¿qué hemos prometido a Dios sino ser templos de Dios? Ninguna cosa podemos ofrecer a Dios más agradable que decirle lo que consigna Isaías. Poséenos. En las posesiones terrenas se entrega algo al padre de familia cuando se le da la posesión; referente a la posesión, iglesia; se concede a la misma posesión que ella posee" (Comentario al salmo 131, 3).

\* Dios ha dejado su impronta en el hombre

Dios ha creado al hombre a su imagen, pero no en todos ha hecho su templo: "Dios, que doquier está entero, no habita, sin embargo, en todos. Porque no de todos puede decirse lo que afirma el Apóstol en el texto que antes cité o en este otro: ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?... Luego hemos de confesar que Dios está doquier por presencia de su divinidad, pero no por la gracia de la habitación... Así en la oración nos referimos a su templo, que debemos ser nosotros mismos, pues en cuanto somos, en tanto pertenecemos a su sociedad y familia de adopción. Porque si el pueblo de Dios, cuando aún no ha sido equiparado a sus ángeles y camina esta peregrinación, se llama ya templo de Dios, ¿cuánto será mejor templo de Dios en el cielo, en donde está el pueblo de los ángeles, a los que nos hemos de reunir y equiparar cuando termina esta peregrinación y hayamos recibido lo que se nos prometió?" (Epístola 187, 16). Dios habita en aquellos que santifica: "Habitas en aquellos que santificas, a los cuales haces comprender que no oyes a algunos atendiendo a su utilidad, y, no obstante, oyes a otros para su castigo" (Comentario al salmo 21, 2, 5), y esto porque el templo de Dios son los justos: "La santificación, por la que individualmente somos constituidos templos de Dios, y todos juntos formamos un templo de Dios, no se realiza sino en los que han renacido, y éstos tienen que haber nacido. Y nadie acabará bien la vida en que nació si no renace antes de acabarla" (Epístola 187, 32).

Cuando se trata de la vida del Espíritu, el importante es el Espíritu, lo mismo que cuando se trata de la vida de Dios, es Dios el que tiene el primado, siendo esto cierto, en el edificación del templo de Dios, el protagonista principal también es Dios: "Para que pienses que edifica este lugar para sí por su gracia y no por los méritos antecedentes de aquellos de quienes le edifica... De ambas clases se constituyen hombres idóneos, con los que se edifica su lugar santo; con los liberados, con los resucitados" (Comentario al salmo 67, 8). Es la caridad la que nos hace uno y lugar donde Dios habita, porque "el Señor tiene su lugar en el corazón, porque uno solo es el corazón de todos los unidos por la caridad" (Comentario al salmo 131, 4). El cántico nuevo que nace del amor nuevo, es el que edifica el templo nuevo: "Si toda la tierra canta un cántico nuevo, se edifica cuando canta, pues el mismo cantar es edificar; pero, si no, se canta el cántico viejo. La codicia de la carne canta el cántico viejo; el amor de Dios, el nuevo. Todo lo que cantes procediendo de la codicia, lo cantas según el cántico viejo, ya que, aun cuando suenen en la boca palabras del cántico nuevo, no es hermosa la alabanza en la boca del pecador... Luego toda la tierra canta el cántico nuevo; en ella se edifica la casa. Luego toda la tierra es la casa de Dios. Si toda la tierra es la casa de Dios, el que no se adhiera a ella es escombros, no casa; escombros viejos, de los cuales era figura el templo antiguo, porque en él se llevó a cabo la demolición de lo viejo para ser edificado lo nuevo... Las piedras empleadas para la nueva casa que se edifica después de la cautividad de tal modo se unen y en tal forma las reduce a unidad la caridad, que ya no hay piedra sobre piedra, sino que todas ellas son una sola piedra. No os admiréis; esto lo hizo el cántico nuevo; es decir, esta invocación se debió a la caridad... En donde hay unidad de Espíritu, existe una sola piedra, pero una piedra formada de muchas piedras. ¿Cómo se hizo una de muchas? Sufriéndose mutuamente con caridad. Luego prosigue edificándose la casa del Señor, Dios nuestro; todavía se edifica" (Comentario al salmo 95, 2).

Agustín está convencido que poner en común todos los bienes espirituales y materiales, es decir anteponer lo social a lo privado, constituye, si esto está dirigido por la caridad, la edificación del templo de Dios, esto es lo que se dice en el número 31 de la Regla y lo que afirma Agustín con frecuencia, porque "el que quiere hacer un lugar al Señor no debe alegrarse de su propio bien, sino del común... El que decía: Si entrare en el tabernáculo de mi casa, señalaba este lugar. Era propio; pero sabía que, por este lugar particular, él mismo obstaculizaba o impedía hacer lugar al Señor, y por eso conmemora las cosas que le pertenecían: No entraré, dice, en el tabernáculo de mi casa hasta que encuentre... ¿Qué? ¿Acaso cuando encuentres un lugar para el Señor entrarás en tu tabernáculo? O más bien, ¿no será tu mismo tabernáculo aquel en donde encuentres el lugar para el Señor? ¿Por qué? Porque tú serás este lugar del Señor, y también serás uno con aquellos que sean lugar del Señor" (Comentario al salmo 131, 5). Esto exige que nos preguntemos con cierta frecuencia si yo antepongo el bien común al privado.

\* El cimiento es la humildad

El que quiere construir bien el edificio, tiene que pensar en los cimientos, de lo contrario todo puede terminar en una ruina: "¿Quieres ser grande? Comienza por lo ínfimo. ¿Piensas construir una gran fábrica en altura? Piensa primero en el cimiento de la humildad. Y cuanta mayor mole pretende alguien imponer al edificio, cuanto más elevado sea el edificio, tanto más profundo cava el cimiento. Cuando la fábrica se construye, sube a lo alto; pero quien cava fundamentos se hunde en la zanja. Luego la fábrica se humilla antes de elevarse y después de la humillación se remonta hasta el remate. ¿Cuál es el remate de la fábrica que intentamos construir? ¿Adónde ha de llegar la crestería del edificio? Pronto lo digo, hasta la presencia de Dios. Quien lo desea, entiende lo que yo digo y lo que él oye. Se nos promete la visión de Dios, del Dios verdadero, del Dios sumo" (Sermón 69, 2-3). Es necesario, por tanto, fundamentarnos en la humildad y asumir, tanto a nivel personal como comunitario, un comportamiento de vida conforme a la elección y a la donación total a Dios.

La comunidad religiosa es fundamentalmente una casa de oración y cada uno de los religiosos han de ser hombres de oración: orar ha de ser su verdadera tarea, orar ha de ser su misión, su vida, su auténtica razón de ser; está claro que para que la comunidad religiosa sea esto, ha de serlo cada uno de sus miembros: "El trabajo, pues, tiene que hacerse todo dentro de sí mismo. Y si tal vez tratas de hallar un lugar alto, un lugar santo, hazte tú mismo templo de Dios; porque santo es el templo de Dios, que sois vosotros. ¿Quieres orar en el templo? Ora dentro de ti mismo. Pero primero sé templo de Dios, ya que El oye al que ora en su templo" (Comentario al evangelio de Juan 15, 25). Pero "el llamar a Dios no se hace con la voz, sino con el corazón; muchos moviendo la boca, no pudieron suplicar cosa alguna al tener el corazón apartado de Dios. Si clamas, clama interiormente donde oye Dios" (Comentario al salmo 30, 2, s.3, 10). Es necesario, a la vez, ser conscientes de que lo que dice la boca tiene que nacer del corazón, para que la oración sea auténtica y cumpla con su misión: "Cantar conociendo fue concedido por divino querer a la naturaleza del hombre...Por lo tanto, carísimos, lo que hemos cantado con voces acordes debemos conocerlo y contemplarlo en la quietud del corazón" (Comentario al salmo 18, 2, 1). De todas las maneras es la voz del corazón, que muchas veces pasa desapercibida a los hombre, pero que a Dios le suena como un grito, la que constituye fundamentalmente la oración: "Con mi voz llamé al Señor; es decir, no con la voz corporal, que se propaga con el estrépito del aire herido, sino con la voz del corazón, que no se oye por los hombres, pero que suena a clamor para Dios" (Comentario al salmo 3, 4).

La comunidad es un oasis de fraternidad, donde ha de superarse todo individualismo, se ayuden mutuamente, se comparten sentimientos e ideas, victorias y derrotas, esperanzas y desilusiones: "No quiero yo sólo engrandecer al Señor; no quiero yo únicamente amarle; no quiero entregarme yo solo a Él, pues no temo que, si yo soy abrazado por El, no pueda echar a otro las manos. Tanta es la amplitud de la Sabiduría de Dios, que todas las almas pueden ser abrazadas y gozar" (Comentario al salmo 33, s.2, 6). La necesidad mayor es comunicar a otros la experiencia encuentro con Dios, es decir, necesidad interior de gritar a todos la alegría del propio encuentro con Cristo, para animarle a que también el otro haga la misma experiencia, o mejor, para que juntos volvamos a experimentar ese encuentro plenificante que transforma toda la vida, sólo así la adhesión a la llamada de Cristo será plena: "Llama gozo pleno al que hay en esta sociedad, en esta caridad, en esta unidad" (Comentario a la epístola de Juan, 1, 3).

**LA COMUNIDAD: MODELO DE IGLESIA Y PLENITUD DE ALEGRÍA.**

\* La característica de Agustín

Ansia de unidad 🡪Comentario al salmo 41, 2

Nos invita a ir a la fuente 🡪 Confesiones 12, 10, 10

Agustín corre hacia Dios 🡪 Comentario al salmo 41, 4.

Nos invita a correr 🡪 Confesiones 13, 9, 10

\* La comunidad templo de Dios.

La Iglesia tienda de encuentro 🡪 Comentario al salmo 41, 9

El templo es la comunidad 🡪 Epístola 187, 35

Nosotros somos templos vivos 🡪 La ciudad de Dios 10, 3, 2

Pedir a Dios que nos posea 🡪 Comentario al salmo 131, 3

\* Dios ha dejado su impronta en el hombre

El protagonista es Dios 🡪 Comentario al salmo 67, 8

Cántico nuevo, amor nuevo 🡪 Comentario al salmo 95, 2

Todo dirigido por el amor 🡪 Comentario al salmo 131, 5

\* El cimiento es la humildad

Los cimientos 🡪 Sermón 69, 2-3

La comunidad casa de oración 🡪 Comentario a Juan 15, 25

La comunidad oasis de fraternidad 🡪 Comentario al salmo 33, s. 2, 6

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. ¿Cómo va nuestra vida comunitaria?
2. ¿Qué hago yo para que la comunidad refleje cada día más la vida de la Iglesia?
3. ¿Qué tendríamos que potenciar para que nuestra comunidad sea más y mejor templo de Dios?
4. ¿Soy consciente que el protagonista ha de ser siempre Dios y le dejo espacio?